

En el prólogo a su famosa *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847), Andrés Bello había incitado a velar por la unidad de la lengua castellana, fuertemente amenazada por la proliferación de variedades regionales en América (sin mencionar las de España). En la cuarta edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, Cuervo sostenía en 1885 que el temor antedicho era infundado. Pero en su carta-prólogo de 1899 a un poema argentino de lenguaje criollista mostró que había cambiado de opinión: «Estamos [...] en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano». Contra esa opinión, apenas esbozada allí, reaccionó el literato y político español antedicho con una visión más optimista. No se trata entonces de una de esas polémicas acerca del valor normativo o no del castellano de España (idea que lamentablemente perduró en parte de la Madre Patria hasta el *boom* de la narrativa latinoamericana). Por el contrario, Valera expresó en dos articulitos su aceptación del castellano trasatlántico y, en mayor grado aún, de los méritos de su oponente: «En el profundo conocimiento de nuestro idioma, nadie hay ahora en España que

compita con don Rufino Cuervo». Al optimismo valeriano replicó el cultísimo Cuervo con una avalancha de reflexiones y datos empíricos, todo ello muy grato a la lectura por su estilo ameno y su claridad científica no mermada por el tiempo, amén de su inmensa carga docente. Pero el peninsular no dio su brazo a torcer y, luego de una larga pausa necesaria para repensar el camino y afilar las armas, volvió a la lid en otras dos publicaciones, reiterando sus opiniones ya conocidas aunque, esta vez, con un tono ligeramente agresivo. A ello respondió el colombiano en una breve carta al argentino Ernesto Quesada y, para rematar el asunto, en un enjundioso artículo que lleva el título del presente libro y que se publicó en París en el *Bulletin Hispanique*. Aparte de sus disquisiciones eruditísimas, quedan allí muestras claras de que Cuervo había perdido la paciencia: no dejó de consignar, en efecto, las debilidades de la exposición de Valera y su nivel científico escaso o nulo. A más de un siglo de la polémica no sería impensable que alguien la reiniciara; lo difícil será volver a encontrar, en una sola persona, tanto bagaje filológico y solidez de pensamiento como en el gran colombiano.

Agustín Seguí

El hombre de Montserrat, Dante Liano, Roca editorial, Sabadell (Barcelona), 2005, 120 pp.

La retrasada publicación en España de *El hombre de Montserrat*, editada en México, del escritor, residente en Italia, Dante Liano (Chimaltenango, Guatemala, 1948), permite ponernos en contacto con uno de los novelistas que utilizan la caricatura para la denuncia y centrar su crítica en la desastrosa situación político-económica de su país, para ofrecernos un relato plagado de asesinatos, corrupción, atentados, estafas, abogados tramposos, blanqueo de dinero, negocio de la droga, prostitución, hambre, enfrentamientos con la guerrilla, la siniestra eficacia de los escuadrones de la muerte, luchas por el poder entre el ejército y la guerrilla, patrullas civiles que no dudan en matar a quien no vaya suficientemente documentado, masacres indiscriminadas y exterminio sistemático de indios sospechosos de colaborar con la guerrilla... Pero como dice el autor: «Lo que escribo ahora es un intento por rescatar la memoria, mi memoria guatemalteca».

Dante Llano recurre a una especie de *thriller* político para desarrollar la trama concentrándola en uno de los periodos más sangrientos de la represión de su país: los años 60 y 80. Dos espacios, igualmente inhabitables, gra-

vitan a lo largo de estas páginas: la ciudad, completamente deshumanizada, y la selva, cuya pureza se ha visto alterada por la obsesión del ejército en combatir, anular y aniquilar la guerrilla, destruyendo con napalm un hábitat natural en el que la muerte es lo único real. La elección estilística de la parodia y la caricatura, hacen más intenso y evidente el drama de un país, para el autor, responsable en su totalidad de la situación y de lo que está sucediendo. Dante Liano caricaturiza a todos los personajes, pero sobre todo a policías y militares a los que cosifica y animaliza en sus tétricas oficinas. Nadie sale bien parado, no hay compasión posible cuando se está convencido de que todos hemos contribuido a una determinada situación. Tampoco la hay para los medios de comunicación social, concretamente para la televisión, que en lugar de denunciar, convierte, con absoluto impudor, en espectáculo banal la tragedia con el fin de ocultar la verdad. Clima asfixiante a lo que contribuyen el calor y el sol violento que deja al descubierto la miseria y la devastación. Dante Llano habla de demasiadas cosas en tan sólo 120 páginas de apretada escritura, lo cual le ha obligado a constreñir y concentrar hasta extremos la trama. Hay que destacar la elección de un lenguaje nativo en cuanto ello significa la defensa

del idioma del autor como plasmación de sus raíces y orígenes. Un lenguaje caracterizado por la delicadeza para expresar la dura y contundente realidad guatemalteca.

Esther en alguna parte, *Eliseo Alberto de Diego*, Espasa, Madrid, 2005, 198 pp.

Eliseo Alberto de Diego, (Arroyo Naranjo, Cuba, 1951), que impresionó a los lectores con su libro de memorias *Informe contra mí mismo* (1997) y con su guión de la película *Guantanamera*, dirigida por Tomás Gutiérrez Alea, vuelve ahora con la novela *Esther en alguna parte*, finalista del premio Primavera de novela 2005, un relato vital y risueño que apenas se detiene, y ahí radica uno de sus valores, en el análisis de los horrores de la Cuba castrista. De hecho, sólo se menciona una vez la palabra, «revolución» y se comenta, casi sin querer, que el espacio en el que se desarrolla la historia es una Cuba prejuiciosa, cuyos habitantes están acostumbrados a «la libertad condicional». El autor no cae en la descripción, hartó manida, de una Cuba plagada de jineteras, policía, disidentes, cárceles para presos políticos y homosexuales, negros sementales... no hay nada de eso. Es una Habana que sirve de

telón de fondo y en la que uno de los personajes, Arístides Antúnez, no se encuentra a gusto. Recordemos que Eliseo Alberto reside en México desde 1989 y que consciente, no sólo de la lejanía con su país de origen ha declarado su nostalgia de Cuba, «Una isla que es como un barco encallado», sino también de su exilio: «Soy un escritor en el exilio, no tengo otra definición y trato que los temas políticos no contaminen la ficción». Ello no quiere decir que este autor obvie hablar de la situación en que se encuentra la isla, sino que recurre a la sutileza sin caer en el discurso político, lo cual hubiera lastrado la agilidad de estas páginas construidas con una prosa de impecable agilidad y colorido que resume el encuentro entre dos ancianos unidos por algo más que el recuerdo del pasado: el amor a la misma mujer, tema que obliga, entre comillas, al escritor a recurrir al bolero lo que, a su vez, imprimirá una cadencia rítmica especial, al mismo tiempo que realiza un homenaje a la música cubana, una de las manifestaciones artísticas más significativas de este espacio «apático y abúlico», «obligatoriamente sensual», en el que «no es bueno decir que uno duda», «una isla infectada de dogmas y discursos huecos, / ... /, justa, poderosa y frágil, pecadora, culpable, ingenua, valiente y cobarde, esta Cuba de todos y de nadie».

Varios son los temas que confluyen en esta novela escrita a la luz de los textos del dramaturgo cubano Virgilio Piñera (la misma elección de una estructura de pieza teatral es una manera de rendirle homenaje): la felicidad como mito, la amistad que «también es un romance», el tiempo concentrado en, por un lado, el pasado que simboliza la historia sentimental y, por otro, el presente que recordará la miseria y decadencia física, la capacidad del amor para transformar al ser humano y la más anodina existencia, la vejez que sólo sirve para «acumular recuerdos», la muerte, la identidad, la vida como simulacro y la certidumbre de que «la añoranza es un estorbo y la nostalgia, tremenda calamidad». Temas expresados con un acertado equilibrio entre lenguaje poético y popular que hace más elocuente la confidencia entre los dos ancianos en la búsqueda, casi imposible, del amor.

Milagros Sánchez Arnosi

Última carta de Moscú, Abrasha Rotenberg. Prefacio de Juan Gelman. Taller Mario Muchnik, Madrid, 2005, 358 pp.

De Abrasha Rotenberg, el lector tenía constancia de su hacer literario por un título, *La opinión amordazada*, que se publicó en

2000. A través de éste, desde un esquema memorialístico (la recuperación de un tiempo y de un espacio, que son los años setenta y la Argentina), ya pudimos determinar cuál era el pulso de un notable narrador. Ahora, con *Última carta de Moscú*, nos reafirmamos en este juicio, pero añadimos, además, que no sólo estamos ante un espléndido escritor, un cronista, sino también frente a un magnífico comunicador de emociones.

Última carta de Moscú, muy bien editado por Mario Muchnik y con un prefacio del poeta Juan Gelman, hay que interpretarlo como un discurso autobiográfico, un relato de la memoria en el que su autor traza perfiles psicológicos como en una novela, arma situaciones de su infancia en la remota Ucrania, continúa vertebrando (destejiendo) sus vivencias en la Argentina del intervencionismo militar, a la que arribó con ocho años, y cierra con su traslado y el de su familia a España, una España y unos españoles que no fueron (nos lo recuerda en ambos libros) todo lo generosos que Rotenberg esperaba, cuando la ferocidad del videlismo cristalizaba entre 1976 y 1983.

Es un libro de éxodos, el del niño (Teofipol), el del adolescente (Buenos Aires) y el del adulto (Jerusalén, Madrid), pero, a la vez de ser un descargo de conciencia respecto al auténtico protagonista de la historia, el padre, es un ver-